



La larga noche de la dictadura militar en Argentina

Por Mariana Garcés y
Mariana Tello

Because the night is dark and full of terrors
Game of Thrones (2011-2019)

Introducción

Durante la presentación del documental *Sexo y revolución*, que recoge las memorias de los integrantes del Frente de Liberación Homosexual fundado en 1971 en Argentina, Daniel Tortosa, cineasta y militante del movimiento LGTBQ+, relató un breve contacto que tuvo con el grupo fundado por Néstor Perlongher. Era marzo de 1976, estando en Buenos Aires, unos amigos lo llevaron a una reunión clandestina. Luego, no los volvió a ver. La escena tuvo lugar unos días antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976, “ahí –dijo– empezó la noche más absoluta”. En otra oportunidad, Marta, una sobreviviente de varios Centros Clandestinos de Detención (en adelante, CCD), relató su experiencia durante esos años y, a modo de síntesis, dijo: “fue una larga noche de terror interminable”. Desde un punto de vista etnográfico, la relación entre dictadura y noche aflora de manera recurrente. La noche como forma de hablar sobre el periodo, como un momento de peligro y vulnerabilidad ante las fuerzas represivas, como un espacio-tiempo donde el terror se recuerda y se vivencia en el presente.

Este texto emana de distintas investigaciones llevadas adelante por las autoras en el campo de la antropología de la memoria y los conflictos sociopolíticos.¹ En el mismo, retomamos la encrucijada

1 Mariana Garcés realizó trabajo de campo para su trabajo final de Licenciatura en Antropología en la localidad de Guerrero, en Jujuy, entre 2019 y 2024, indagando sobre las memorias de la represión, y durante 2023 trabajó en el área de investigación del Archivo Provincial de la Memoria en Córdoba. Mariana Tello realizó trabajo de campo también en Jujuy entre los años 2001 y 2002, fue trabajadora del Espacio para la Memoria La Perla entre 2008 y 2017,

entre noche, terror y dictadura que emerge de diferentes situaciones durante nuestros trabajos de campo. Quisiéramos abordar, a partir de algunas escenas etnográficas, cuatro dimensiones de indagación de esa encrucijada analítica: primero, la noche como analogía que permite dotar de sentido a una época; segundo, las noches en dictadura como dominio espacio-temporal paradójico; tercero, la noche como un marco donde el pasado y sus terrores emergen; y por último, a modo de conclusión, quisiéramos tematizar la noche como espacio de indagación antropológica, tanto en lo que implica hacer trabajo de campo de noche en los lugares donde la represión tuvo lugar, como en los sueños durante el trabajo de campo.

Una noche larga y oscura: la noche como metáfora

La noche es una analogía recurrente a la hora de retratar la atmósfera de la dictadura para aquellas personas y grupos que fueron perseguidos por el régimen. En tanto época funciona como una unidad de tiempo biográfica y colectiva marcada por una “oscuridad” aterradora y absoluta, una noche “larga”, mucho más larga que la literalidad del ciclo que va del ocaso al amanecer. La “larga noche de la dictadura militar” como analogía se repite una y otra vez cuando se menciona ese periodo. La noche y sus características fenomenológicas son utilizadas para describir el “clima” de esa época. Esto podemos verlo desde la oposición entre *Kairos* (el tiempo de Dios o el tiempo de la oportunidad) y *Cronos* (el tiempo lineal medible), pasando por el *Zeitgeist* hegeliano (Ferrater Mora, 1979) y las corrientes sociales (Durkheim, 2014), donde se encuentra presente la idea de una temporalidad que trasciende las diferencias sociales, a la vez que actúa de manera envolvente y moldea las acciones colectivas.

La analogía de una “larga noche” remite a los sentidos más clásicos asociados a la misma: como entre los antiguos griegos, donde la asociación entre noche y muerte va acompañada de un terror a las sombras y el engaño a los sentidos que las mismas imponen. Sobre esto, señalan Jacques Galinier et al (2022): “en el mundo occidental,

y es investigadora del CONICET desde 2017, donde indaga sobre experiencias concentracionarias y la producción de espectralidades con relación a la última dictadura militar.

la noche ha suscitado una atención especial por parte de los legisladores, ya que se reconocía como un escenario al que no se aplicaban las reglas previstas para el día” (p. 207). Esta visión abona a la asociación de la noche con un espacio propicio para el crimen y el peligro. En nuestras sociedades, la noche es un espacio paradójico, asociado tanto al descanso como al peligro que supone la oscuridad y el no ver con claridad, y a la indefensión en la que nos sume el sueño. En la noche –o más bien en ciertas noches– se concentran aquellos terrores atávicos y los peligros contemporáneos.

La alusión a la noche funciona, entonces, como una analogía que permite aludir a muchas características de la atmósfera afectiva de las experiencias dictatoriales. Aterradora debido al peligro –había toque de queda, la mayoría de los secuestros se producían de noche–, y poblada de situaciones incompletas desde el punto de vista sensorial. En la noche “desaparecían” las personas, para nunca más aparecer. En la noche, los cautivos eran descargados como bultos en las inmediaciones de los centros clandestinos. De noche –recuerdan muchas personas– llegaban a los cementerios camiones transportando un número inusual de muertos que eran arrojados a fosas comunes.

La sola palabra noche, cuando se asocia a dictadura, condensa esos sentidos, permite hacer referencia a un *tiempo de excepción* (Agamben, 2000), de legalidad suspendida, donde el sufrimiento y el asesinato eran administrados de modo secreto. La noche funciona también como un cronotopo para describir el CCD, ese espacio donde la oscuridad recubre los recuerdos sobre un mundo donde todos los parámetros comunes se vieron trastocados.

Intento describir ese infierno con la certeza de que es imposible, era otro mundo donde todos los parámetros normales se trastocaban. Me es imposible remontarme a esa época sin pensar en ella como si siempre hubiera sido de noche. Si para una situación normal lo cotidiano es la luz, para nosotros la cotidianeidad era la oscuridad (Graciela Geuna, testimonio ante el consulado español en Ginebra, 9 de julio de 1998).

Graciela Geuna es sobreviviente del campo de concentración conocido como La Perla,² en Córdoba. En sus recuerdos sobre el perio-

2 La Perla funcionó como CCD entre el 24 de marzo de 1976 y diciembre de

do vivido en el “campo”, la noche es una atmósfera que permite semantizar la vivencia de un mundo “invertido” respecto del “normal”. Fuera del campo, incluso, son recurrentes los recuerdos sobre las noches “trastocadas”, las noches como espacio donde no se descansa, sino que se está alerta de los peligros por venir, y la noche como escena de situaciones terroríficas.

Vivir a tientas: la noche como cronotopo de la excepción

En el año 1976, el pueblo de Guerrero, en la provincia de Jujuy, tenía una población aproximada de 200 personas. Enclavada en un entorno semi-rural, contaba con unas pocas instituciones, entre las cuales se encontraban unas hosterías construidas para turismo social, una escuela primaria y una asociación gaucha. Un sábado de invierno de aquel año, los militares irrumpieron la cotidianidad de la localidad. Tocaron puerta por puerta de las casas de los vecinos del pequeño pueblo y les dieron una orden: en un plazo de 40 días debían mudarse al otro lado del pueblo, debían abandonar sus casas y construir en la zona en la cual se encontraban sus sembradíos. Ante el desconcierto que esto generó, los militares explicaron que pronto iban a instalar en el predio de las hosterías “una escuela para el entrenamiento del personal de gendarmería”.

Los vecinos obedecieron y en pocos días tuvieron que organizarse y trasladarse. Al tiempo recibirían nuevas órdenes: quedaba terminante prohibido acercarse a las hosterías y debían circular por la vereda de enfrente. En una ocasión, el ganado de un vecino ingresó al predio y antes de que pudiera ir a recuperarlo y devolverlo a su corral, los animales fueron asesinados. De este modo, quedó perfectamente claro para los vecinos la rigurosidad de la prohibición de acceder al predio y de circular a menos de 100 metros del mismo era una cuestión de vida o muerte. Además de esa prohibición, se estableció un toque de queda. Pasadas las ocho de la noche no podían circular por el pueblo, ni salir de sus casas, porque “peligraba su seguridad”. Una vecina comentó que, a partir de esa hora, no sólo de-

1978, enclavada en los campos del III Cuerpo de Ejército. Se estima que en ese lapso pasaron entre 2200 y 2500 personas, de las cuales la mayoría continúan desaparecidas. En 2009 fue reabierto como espacio de memoria.

bían estar dentro de sus casas, sino que tampoco podían tener luces encendidas: “en la oscuridad nomás había que andar”, aseguró. Los militares amenazaban con bombardear sus casas si desobedecían. Según esta misma vecina, tuvieron que acostumbrarse a cenar antes de que cayera la noche y a “andar a tientas”.

En medio de la noche oscura y silenciosa, cuando todas las luces de los hogares estaban apagadas, el profundo y ensordecedor silencio del campo se veía interrumpido por el ruido de camiones. Camiones enormes y chapados “como esos en los que se transporta la carne vacuna”. Dentro de ellos “traían gente”, “traían extremistas”, y los encerraban en la hostería del medio. Instantes después de la llegada de los vehículos, se escuchaban gritos desgarradores. Hay quienes dicen que jamás se imaginaron lo que sucedía realmente allí, y que en general asociaban ciertos movimientos y sonidos a los entrenamientos que se suponía realizaban las fuerzas de seguridad. Otros, al comprender lo que ahí había funcionado, conjeturan sobre los hechos ocurridos: “gritaban porque los mataban a golpes”. A partir de la imagen de los camiones transitando por el pueblo y los gritos constantes, una vecina recuerda que las personas eran ingresadas al CCD “con ojos desvendados y mordazas en la boca”. La sonoridad de los gritos permite construir sobre la base de indicios una imagen de cómo sucedieron los hechos, posibilita ubicar a las personas y a los vehículos en un espacio preciso, pero inaccesible, que termina por configurarse como un *espacio imaginado*. Pamela Colombo (2017) plantea que:

los espacios de desaparición son contruïdos a partir de la incertidumbre y de la falta de imagen, a partir de los “vistos en” o los “escuchados en”: y si en toda construcción del espacio la dimensión imaginaria es constitutiva, en los espacios de desaparición juega sin dudas un rol central (p. 162).

Lo que allí se instaló fue el CCD “Guerrero”, que a partir de la democracia se diferencia del nombre del pueblo con comillas. Se trata de un predio ubicado en el corazón del pueblo, delimitado por alambrados, que cuenta con tres edificios separados entre sí por una distancia de 300 metros, emplazados sobre una meseta entre el río Reyes y la Ruta Provincial N° 4 (Garcés, 2024). A partir de las denun-

cias realizadas con posterioridad a la dictadura, se supo que fue un lugar de secuestro donde las personas, principalmente obreros del ingenio azucarero Ledesma, fueron sometidas a torturas.

La cotidianidad del pueblo se vio interrumpida tras la instalación del CCD. Los vecinos se vieron obligados a cambiar sus rutinas y a adaptarse a las normas instauradas por los militares. Debían respetar el toque de queda establecido a partir del atardecer, momento donde no debían circular por el pueblo, había zonas a las que no podían acercarse, e incluso tenían prohibido tener las luces de sus casas encendidas durante la noche. Vivían bajo amenazas, lo cual provocaba una sensación de miedo constante. Cualquier desacato al orden establecido podría implicar consecuencias severas para las personas.

Aquellos gritos que se escuchaban como eco por la localidad, despertando a gran parte de la población, siguen resonando en la actualidad. Cuarenta y ocho años después, los vecinos comentan que por las noches aún se escuchan perturbadores lamentos y pedidos de ayuda. En un segundo sentido, entonces, es posible pensar la noche como un *lugar de memoria*, pero muy diferente a los monumentos, fechas y documentos que estudió Pierre Norá (2008). Un lugar de memoria de características inestables, atmosféricas, que permite transmitir de manera eficaz no ya las características “objetivas” y bien delimitadas del periodo, sino los afectos y sensibilidades desbordadas por el mismo.

Durante la dictadura, la noche era una realidad desdoblada. Por un lado, todo transcurría en una supuesta normalidad, a diferencia de otras situaciones de violencia –como las guerras–, donde los momentos de amenaza son vividos por toda la población en conjunto. Por otro lado, era un momento de peligro con relación a la propia vida, donde era posible asistir a situaciones siniestras. La noche era el momento en el que más fácilmente se producían los secuestros, los grupos de tareas ingresaban a los domicilios y tomaban por sorpresa a sus ocupantes. En el caso de Guerrero, sin ir más lejos, la inmensa mayoría de las personas que permanecieron allí fueron secuestradas en lo que se conoció como “la noche del apagón”. Nombre con el que se conoció a este conjunto de secuestros en el informe de la CoNaDeP (1984), “el apagón” fueron en realidad varios operativos

llevados adelante en las noches entre el 20 y el 27 de julio de 1976.³ Durante esa semana, las localidades de Calilegua y Libertador General San Martín sufrieron cortes intencionales de energía eléctrica por las noches. En esa oscuridad total fueron secuestradas alrededor de doscientas personas vinculadas con el ingenio Ledesma. Las personas fueron arrancadas de sus casas, de sus camas, y llevadas primero a las comisarías locales o al propio ingenio, y luego a Guerrero, a 200 kilómetros de aquellas localidades.

En muchos lugares como Guerrero, la represión hizo de la noche un tiempo-espacio aterrador de excepción. La intrusión en el lugar que pensamos por excelencia como el locus de lo privado, de intimidad y protección como es la casa (Colombo, 2017), la irrupción de extraños en los lugares más privados de la casa –el dormitorio– y en horas de la noche, donde nos encontramos dormidos e indemnes, abona a esa percepción paradójica de la noche que manifiestan las personas que sufrieron la represión, ya sea por ser víctimas directas, ya sea por ser vecinos de los CCD. “Vivir a tientas”, “dormir con un ojo cerrado y el otro abierto”, tornan al espacio familiar –la casa, el pueblo, el barrio– en *siniestro*. Como propuso Sigmund Freud (1992) en un clásico estudio, lo siniestro o *unheimlich* es lo familiar que se ha vuelto extraño. A partir de la irrupción de la violencia en los espacios cotidianos, lo siniestro distorsiona de forma permanente la nocturnidad. La violencia transforma los lugares cotidianos y sus propiedades (privados, públicos, secretos, prohibidos) y con ello las formas de vivir y practicar un espacio enrarecido a partir de esa irrupción. Así también, señalan Galinard et al (2022), la experiencia de la violencia transcurrida en la nocturnidad modifica los modos de

3 En torno al ingenio azucarero Ledesma se emplazan varias localidades, como la de Libertador General San Martín y Calilegua, situadas en la zona de las yungas jujeñas. Las mismas, como suele ocurrir en los conglomerados relacionados con la industria azucarera, son habitadas casi exclusivamente por empleados del ingenio, o como lo llaman en las categorías nativas “la empresa”, la cual regula la ocupación de las viviendas y la vida social en general. Todas las personas secuestradas en “el apagón” eran o habían sido residentes de estas localidades y tenían alguna relación con “la empresa”, la cual contribuyó activamente en la represión proveyendo vehículos para realizar los secuestros.

vivirla y las percepciones nocturnas, tales como las apariciones, las visiones y los sueños.

Volviendo a nuestra escena etnográfica en Guerrero, a lo largo de los años, el sufrimiento resuena en las noches y el terror impregna el predio de las hosterías. A lo largo de las décadas, estas historias se han replicado y se han vuelto una especie de eco, en el cual se solapan diferentes temporalidades. La mención persistente de las “energías” y “las presencias” se entrelazan en los diferentes relatos, tanto de vecinos y vecinas como de las personas ajenas al pueblo que han permanecido en el predio de las hosterías.

Vivir con fantasmas: la noche como espacio paradójico

Los policías y guardias, los que oficiaban de “serenos” en espacios donde la represión tuvo lugar son, en general, los únicos que habitan esos lugares de noche. Fuera de este grupo, los vecinos y vecinas que habitan las inmediaciones de los ex CCD y las personas que trabajan en los que actualmente son sitios de memoria, al caer el sol, suelen evitar permanecer en esos lugares. Habiendo pertenecido ambas autoras a este último grupo, sabemos que, al caer el sol y sobre todo si se está en soledad, la sensación de inquietud y de sentirse “acompañada” por presencias invisibles es inevitable (Tello, 2025). Entonces intentamos no quedarnos solas en esos horarios, pedimos permiso al entrar en los lugares donde hubo personas cautivas, donde sufrieron y, eventualmente, murieron.

Los policías que hacen la custodia nocturna del Espacio de Memoria que funciona en lo que fue La Perla cuentan todo tipo de situaciones a la hora de hacer sus rondas nocturnas. En las primeras épocas, cuando el predio se encontraba desolado y sin señalización, todas las noches a las ocho eran espantados por los aterradores gritos de mujer que emanaban de lo que anteriormente fue la sala de torturas. El perro con el que realizaban las rondas –contaban– se detenía de forma abrupta en la puerta del lugar y no quería seguir. Ladraba “a la nada”, decían. Las presencias también hacían oír sus pasos sobre los techos del edificio donde tenían el puesto de guardia, como si corrieran. En una ocasión incluso filmaron una escoba que se movía y barría “sola”.

En el actual Archivo Provincial de la Memoria, en Córdoba, donde funcionó en los años setenta la Dirección de Informaciones 2 (D2), donde fueron torturadas miles de personas, los policías cuentan sobre distintos fantasmas que hacen sentir su presencia con el sonido que se desprende de sus actividades: el teclear de una máquina de escribir, o el arrastrar de unas pantuflas por los pasillos. La energía es “densa”, cuenta una de las personas que limpia el lugar y que usualmente cierra “la parte histórica”, y en esos momentos –dice– siempre se siente observada. Para los policías que allí trabajan, las presencias parecen ser un hecho asumido. Cuando alguien “nuevo” –tal como llaman a los agentes que no han hecho esa guardia nunca– se asusta y pide ser relevado, lo relevan. Con el tiempo –cuentan– “uno se acostumbra”.

En la ex ESMA,⁴ en Capital Federal, la custodia no la realizan policías, sino un equipo de “protección”. Ellos y ellas cuentan que, por las noches, en distintos puntos del predio, aparece una mujer en camión. La mujer vaga por los recovecos de la parte posterior del predio. A veces aflora desde una fuente de agua. Otras veces se la ve escapar por una ventana, con el camión ensangrentado. A veces, también les habla y les dice que vive ahí, pero que está perdida.

En Guerrero, donde fuera el CCD, fue utilizado en el tiempo inmediato posterior a la dictadura como escuela de la Policía de la Provincia de Jujuy. Luego permaneció abandonado, para finalmente ser refuncionalizado como hosterías de tres sindicatos: Unión de Personal Civil de la Nación (UPCN), Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) y Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA). Aunque las hosterías están acondicionadas para el uso de afiliados a los gremios, rara vez se ve alguien allí. Las y los vecinos del pueblo tampoco las usan, y evitan pasar por ahí, sobre todo por las noches. En las hosterías hay “presencias” y “almas en pena”. Aún hoy se las escucha lamentarse. La

4 La Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) fue un CCD que funcionó durante toda la dictadura en los predios de dicha institución, en Capital Federal. Por este CCD pasaron alrededor de 5000 personas. Con los años se constituyó en un importante símbolo de la dictadura militar. En 2003 fue recuperado y refuncionalizado como sitio de memoria, y en 2023 fue declarado patrimonio de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

evitación suele ser la estrategia más común de las y los pobladores para lidiar con las almas. Cruzarse con una de ellas puede ser peligroso, la impresión que causa el contacto con las almas es –en las categorías nativas– el origen de la “enfermedad del susto”. Cuando esto sucede, las personas acuden a la curandera del pueblo para que las cure, porque un susto de ese tipo puede provocar, a la larga, la muerte. La curandera señala que los que recurrentemente han acudido a ser curados fueron los sucesivos serenos que han cuidado el lugar, que permanecen allí por las noches. Por su trabajo, evitar el lugar, y sobre todo en esa temporalidad, es imposible.

El sereno que cuida actualmente las hosterías comenta: “acá vinieron a parar todos los del apagón de Ledesma. Yo conozco esa historia porque yo soy de allá, del ramal⁵ para adentro”. Habla sobre los túneles que conectan las hosterías, donde se sospecha que están los cuerpos de los desaparecidos y dice que entre los vecinos comentan que de adentro de una de las hosterías sacaron un cuerpo, que a él no le consta, pero es lo que se cuenta. Remarca la importancia de “conocer la historia”, al tiempo que aclara no tener miedo, “porque hay que tenerles miedo a los vivos y no a los muertos”, y replica: “si no, pregúntale al vigilante”. El vigilante es un alma en pena. El alma de un soldado que cuidaba las hosterías y que mató gente ahí.

Ante la pregunta de si se escuchan “cosas” de noche, el sereno responde con mucha seguridad: “se ven”. Señala que en las tres hosterías hay una garita de vigilancia, que por ahí anda “el vigilante”. Por la zona, las almas aparecen en las casas, por el campo, cuando uno de los vecinos “enciende fuego” por las noches se ven figuras que suben en fila por la rampa que lleva a lo que fue el CCD. El sereno convive con las apariciones de forma pacífica, se hizo “amigo” del vigilante y, a veces, les “hace pasar misa” en la capilla del pueblo o cuando “baja a la ciudad”. Explica que esta es una acción necesaria, ya que lo que por allí circulan son “almas en pena” y es importante “pedir” por ellas.

5 “El Ramal” es la forma en la que se denomina a una de las zonas ecológicas-productivas de la provincia de Jujuy. Esta comprende los departamentos de Valle Grande, Ledesma, San Pedro y Santa Bárbara. Su nombre es tomado del ramal ferroviario que conecta la ciudad de Perico con Santa Cruz de las Sierras (Bolivia).

Las y los vecinos de Guerrero tienen todo tipo de prácticas cotidianas y rituales para lidiar con esas presencias. Esto sucede para “pasar” por ese espacio paradójal entre el descanso y el terror que es la noche.

Las noches en el trabajo de campo

Como hemos mostrado hasta aquí, la noche es un lugar donde se expresa el terror relacionado con el sufrimiento y las desapariciones ocurridas durante la última dictadura militar. La noche, o más bien el cronotopo que combina este momento con los espacios donde la represión tuvo lugar *afecta* y moldea sustancialmente los modos de estar allí. La última parte de este texto, que en cierta forma funciona como epílogo, nos incluye a nosotras mismas en esa *afectación* (Favret-Saada, 2014) que aparece cuando hacemos trabajo de campo en espacios donde la represión tuvo lugar y de noche. Como todas las personas que habitan esos espacios, que los frecuentan, que transitan por ellos, la evitación ha sido una forma de no sucumbir al terror que esa combinación espacio-temporal implica. También es una forma de respeto, de tabú a la hora de trasponer los dominios donde habitan los espectros. Aun así, sin buscarlo, hemos estado en esos lugares cuando cae la noche, o esos lugares han aparecido en nuestras noches y en nuestros sueños. En su diario de campo, Mariana Garcés escribe un relato ocurrido durante un “jueves de comadres”, una celebración llevada adelante un día antes de que comience el carnaval, donde las mujeres se reúnen a celebrar y revalidar los vínculos dados por el comadrazgo (o el hecho de amadrinar). En esas notas, cuenta cuando conversó con el encargado de cuidar una de las hosterías donde funcionó el CCD “Guerrero”:

Después de esa charla nos despedimos y él reiteró su invitación al fogón, a pasar la noche despiertos esperando al “vigilante”. Bajamos por la rampa. Delfina –quien me había acompañado aquel día– me dijo: “yo tengo miedo. Vos te vas contenta, pero yo sugestionada”, y me señala que en sus brazos sigue con piel de gallina. Caminamos 200 metros más y llegamos al rancho “Yerbita”, para el festejo. En las horas que siguieron tomamos vino con fanta, bailamos y charlamos. Pasamos el atardecer sentadas en el patio del rancho, pensando que al bajar el sol podían llegar a aparecer cosas en otras partes del pue-

*La larga noche de la dictadura
militar en Argentina*

blo. Hacíamos algunos chistes con la plena seguridad de que nada se iba a aparecer en un lugar con tanta gente.

A las diez de la noche salimos para tomar el colectivo. Era una noche cerrada, con niebla, hacía un poco de frío y caían unas gotas. En la ruta no había alumbrado público. El colectivo llegó rápido y fue un alivio no tener que esperar mucho en la parada. Subimos, pero tardó en arrancar, esperando que lo abordaran más personas. Era el último que pasaba de vuelta para San Salvador. Yo miraba la oscuridad de la noche desde la ventana, no entendía por qué no había alumbrado público, ¿cómo no van a tener fantasmas, si acá no hay luz?, pensé. Del-fina me miró y dijo: “que miedo esta oscuridad, mira si se aparece el vigilante ahora”. El colectivo finalmente arrancó, pero el paisaje no se puso mejor. Todo se veía cada vez más oscuro, más aterrador: la noche más cerrada, más niebla y además pasar por debajo de los árboles que un poco encierran el camino. Miramos las escaleras que llevan al “alto Guerrero”, ni una luz. Para rematar las luces led que iluminan el interior del colectivo iban apagadas. La única luz que se vio a lo largo del trayecto fue la de los faros delanteros del colectivo. El silencio que rodea la noche de Guerrero, me resultó perturbador. Casi cualquier sonido que quiebre esa armonía podría intranquilizar. No quisiera imaginarme lo que se siente cuando ese silencio insoslayable es quebrado por un grito, cuya procedencia es enigmática, indeterminada o, peor aún, proviene de algún “más allá”. Silencio quebrado por los lamentos de las almas en pena, de los muertos sospechados que están en “todas partes” (Garcés, diario de campo, 8 de febrero de 2024).

La noche en estos espacios nos sumerge, como etnógrafas, en una atmósfera donde *hacer causa común* –al decir de Avery Gordon (2008)– con nuestro objeto de estudio se torna una experiencia que dista de ser meramente intelectual. *Estar allí* implica poner el cuerpo, sentir su fragilidad, el desamparo que sugiere la oscuridad. El límite que impone no poder ver y con ello *saber* a ciencia cierta qué ocurre en esos lugares es muy diferente a la experiencia etnográfica diurna. Estar en esos lugares, de algún modo, hace también que se instalen en nuestras noches. Durante la escritura de un artículo conjunto sobre el ex CCD de Guerrero, aún no publicado, Mariana Tello se ocupó de la lectura del expediente judicial donde las y los sobrevivientes relatan uno a uno los horrores sufridos. En el CCD “Guerrero”, las noches eran pavorosas. Era el momento donde llegaban los camiones cargados de prisioneros, donde tumultuariamente se violaba a hombres y mujeres en un lugar común, donde se torturaba tirando agua hirviendo sobre el cuerpo de las personas que gritaban “como animales degollados”. Durante las noches en las que

leyó el expediente –alrededor de mil páginas– Mariana Tello soñó de forma recurrente con Guerrero. No con la pesadilla dantesca, no con los gritos. Soñó con un joven desaparecido desde entonces que los testimonios describían como “dulce y delicado”, enfermero del ingenio, asesinado con diecinueve años. Germán Córdoba, así se llamaba, aparecía en sueños y se sentaba a los pies de su cama. Sólo sonreía, dulcemente. ¿Qué quería ese muerto, a los pies de su cama? ¿Qué expresaba con su pacífica sonrisa? El espacio de muerte, al decir de Michael Taussig (2002), no se limita a un espacio físico, pues es en ocasiones un espacio abierto que recorremos –también– en sueños. ¿Forman parte los sueños del trabajo de campo? ¿Qué tienen para aportar a la etnografía esas sensaciones diferenciales que nos provocan las noches en ciertos lugares, los sueños que soñamos mientras hacemos trabajo de campo, los muertos que nos visitan?

Sin intentar tener respuestas para todas estas preguntas, ambas, para el dos de noviembre, fecha en que se celebra el día de muertos, decidimos hacer *causa común* con nuestro objeto y hacer lo que hacen nuestros interlocutores e interlocutoras. Armamos un altar en una celebración organizada en la Universidad Nacional de Córdoba⁶ con las fotos de las y los desaparecidos sobre los que hemos estado

6 “Día de muertis” es una celebración que se realiza desde el año 2016 en la UNC por iniciativa de la cátedra Teoría Antropológica III de la Licenciatura en Antropología (FFyH-UNC). Consiste en el armado de altares en homenaje a “nuestros muertos”, donde se colocan fotografías y diferentes tipos de ofrendas. Se realizan distintas actividades rituales y performativas, y finaliza con un baile despedida a “los muertos que ya terminaron su visita en este mundo”. María Lucía Tamagnini y Fabiola Heredia, docentes de la cátedra, quienes se encargaron de la organización de este evento en 2023, escriben: “la conmemoración tomó la forma de una InstalAcción: un neologismo que remite a prácticas/formatos del mundo de las artes visuales y performáticas (instalación) al mismo tiempo que enfatiza la acción que convoca y nos reúne. Desde entonces, cada 2 de noviembre, cuando se celebra el Día de Muertos o de los Santos Difuntos en gran parte de los países de Latinoamérica, siguiendo tradiciones híbridas donde se mezclan manifestaciones prehispánicas y coloniales, nos hemos convocado durante 4 años consecutivos en la ciudad universitaria para agradecer la vida de nuestrxs muertxs”. Las docentes señalan que durante esta celebración se observan diferentes formas de conmemorar a los seres queridos “que integran repertorios culturales comunes y dinámicos”. Ver: <https://ffyh.unc.edu.ar/diademuertis2020/featured-content/por-que-dia-de-muertis/>

escribiendo, entre ellas la de Germán Córdoba, en una mezcla de ritual de culto y reciprocidad etnográfica. Conmemoramos a los desaparecidos y desaparecidas que “aparecen” en nuestros trabajos etnográficos y a nuestros propios muertos. Armamos el altar siguiendo las prerrogativas indicadas en la tradición jujeña para esta fecha, de donde ambas somos oriundas, específicamente lo aprendido por una de nosotras en Guerrero. Las víctimas del terrorismo de estado fueron representadas a través de consignas, de sus fotografías, las colocamos con sus nombres. Llevamos caramelos, flores, figuras hechas de pan. Encendimos velas. Agradecemos. Roger Bastide (2001), en su trabajo sobre el trance y el sueño, señala que:

A partir de Descartes, las puertas que comunican la noche con el día están cerradas; hemos desvalorizado la mitad nocturna de nuestra vida. Y esto no significa, por supuesto, que los fantasmas ya no tengan por dónde pasar: la psicología ha demostrado lo contrario, solo que los fantasmas ya no pasan sino a título individual, disimulándose siempre o, como dicen los médicos, transformándose en fantasías y manteniéndose inconscientes (Bastide, 2001, p. 35).

La investigación social, como parte de estos ciclos, como un tipo de trabajo, se ha enfocado en general en el mundo diurno, mutilando el conocimiento de esa mitad de la vida que es la noche, sus espacios oníricos, sus criaturas. Queremos, aquí, traerlos y traerlas. Visibilizar aquello que sólo se ha dado a conocer en las noches de nuestros trabajos de campo.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2000 [1998]). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testimonio. Homo sacer, III*. Valencia: Pre-Textos.

Bastide, Roger (2001 [1972]). *El sueño, el trance y la locura*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Colombo, Pamela (2017). *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

- CONADEP (1984). *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Durkheim, Émile (2003 [1912]). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial.
- Favret-Saada, Jeanne (2014 [1990]). “Ser afectado” como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico. *Avá. Revista de Antropología*, (23), 49-67. <https://www.ava.unam.edu.ar/imagenes/23/pdf/n23a02.pdf>
- Ferrater Mora, José (1979). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Freud, Sigmund (1992 [1919]). Lo ominoso. En: *Obras completas*. Tomo XVII (pp. 217-251). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Galinier, Jacques et al (2022 [2010]). Antropología de la noche: investigaciones interdisciplinarias. [Traducción de Agustín Liarte Tiloca]. *Avá. Revista de Antropología*, (41), 175-244. <https://ojs.ava.unam.edu.ar/index.php/files/article/view/85>
- Garcés, Mariana (2024). *Un pueblo y un Centro Clandestino. Una etnografía sobre las memorias del ex CCD “Guerrero”, Jujuy*. [Trabajo Final de Licenciatura en Antropología]. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- Geuna, Graciela (1998, julio 9). *Testimonio ante el consulado español en Ginebra*. Reproducido en la colección de tarjetas “Memorias de la Perla”. Córdoba: Comisión Provincial de la Memoria, Espacio para la Memoria “La Perla”. <https://espaciosmemoriacordoba.com.ar/lp/la-perla/ex-centro-clandestino-de-detencion-tortura-y-exterminio/postales-memorias-de-la-perla/>
- Gordon, Avery (2008). *Ghostly matters. Haunting and the sociological imagination*. Estados Unidos: University of Minnesota Press.

Nora, Pierre (2008 [1984]). *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Editorial Trilce.

Taussig, Michael (2002 [1991]). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Colombia: Norma.

Tello Weiss, Mariana (2025). *Fantasmas de la dictadura. Una etnografía sobre apariciones, espectros y almas en pena*. Buenos Aires: Sudamericana.

Tello, Mariana y Garcés, Mariana (EN PRENSA). ¿Cómo se puede vivir ahí si hay tanta alma penando? Desaparición, memoria y espectralidad en el pueblo de Guerrero (Jujuy, Argentina). En: Dorotheé Delacroix y Anne Marie Loczonzy (Ed.), *Los cadáveres y sus avatares. Aproximaciones antropológicas en contextos de salida de la violencia*. Buenos Aires: Miño y Dávila.